

*Año 1 Número 7 - Mayo 2014*



# *Umbral*

## *Revista Literaria*



### *Maestros*

*Sor Juana Inés de la Cruz*  
*Rubén Darío*  
*Rómulo Gallegos*  
*Julio Garmendia*

### *Colaboraciones:*

*Marino Liso*  
*Naida Saavedra*  
*David Solera Asís*

*José Romero*  
*Henry G. Aguiar*  
*Lizandro Samuel*

*Adelfa Martín*  
*Dayana Gálvez*  
*Eric J. Lagarrigue*



# ¡Hasta Luego Gabo!

Cuando el 17 de abril me enteré del fallecimiento

de Gabriel García Márquez no lo podía creer. Por supuesto sabía de su estado de salud y estaba pendiente de las noticias sobre su recuperación. Intuía, como muchos, que pronto el Gabo se iría. Sin embargo, a pesar de que era consciente de eso no podía creer que realmente había pasado. Lo que escribí en mi cuenta de Twitter cuando me enteré fue “los grandes también mueren.” Y esa es la idea central de esta nota editorial.

Ya no podremos esperar con emoción la próxima publicación de Gabriel García Márquez, ya no podremos compartir opiniones sobre si su nueva obra es mejor que la anterior. Lo que hay de García Márquez es lo que tenemos ya. Así, un día tenemos un aliciente y al siguiente no lo tenemos. Sin embargo, después de pensar en todo eso me sentí un poco egoísta pues ¡bastante nos ha dado ya! Y lo que es mejor, la inmortalidad de su obra es un hecho irrevocable.

Todo escritor ante todo es lector y al menos Cien años de soledad debe haber sido parte de su lectura. García Márquez no es solo una vaca sagrada, no se ganó su nombre por las innumerables ventas de sus obras. García Márquez se ganó su inmortalidad por su pasión y por creer en el arte de escribir. Siendo parte del boom latinoamericano y llegando a ser el autor de uno de los libros más leídos y traducidos en el mundo, considerado además uno de los 100 mejores libros del siglo XX, es una delicia saber que tenemos al alcance de nuestras manos su legado. Yo como escritora siento que no se ha ido un escritor de best sellers ni un autor cualquiera, se ha ido un profesor, un maestro de todos los escritores que lo hemos leído.

Solamente con adentrarnos en Macondo o conocer a la abuela desalmada de la Cándida Eréndira podemos aprender, García Márquez nos enseña y nos deja ahí su técnica y su brillantez a nuestra disposición. Como docente he tenido la oportunidad de dictar una clase de literatura latinoamericana traducida al inglés y he tenido la dicha de poder incluir Cien años de soledad. Así como hay que ser un lector activo para poder digerir la novela, asimismo hay que ser un profesor dinámico para poder guiar a los estudiantes a través de la lectura y enseñarles a apreciar los placeres que nos regala el autor con esta. Lo satisfactorio después de este tipo de clases es haber sembrado el gusanillo de la

curiosidad y la pasión por la lectura para después ver a los pupilos leyendo otras obras de García Márquez y reflexionando y hasta decidiendo seguir una carrera o posgrado en literatura después de haber conocido las letras del Gabo. Es un verdadero placer.

En la Sociedad de Autores Independientes creemos en la inmortalidad de la literatura, de las historias y de los autores. Por eso apoyamos a los nuevos autores y a los no tan nuevos que buscan eso, dejar una huella dentro de la tradición literaria que tanto influye en la sociedad y permanece en el tiempo. Gabriel García Márquez es un ejemplo para muchos y aunque algunos dicen que pertenece a una especie en extinción, en SAINDE pensamos que esta especie renace y se desarrolla en la medida que haya lectores que disfruten de una buena obra. ¡Hasta luego, Gabo! Gracias por todo.

*Naida Saavedra*

Comisión Editorial



*Umbral*

*Revista Literaria*

Órgano oficial de la sociedad  
de Autores Independientes

*Año 1 - Número 7 - Mayo del 2014*

*Dirección general:* Naida Saavedra  
*Corrección y estilo:* Eric J. Lagarrigue  
*Diseño:* Álvaro Díaz  
*Composición:* Eric J. Lagarrigue  
*Imagen de portada:* Gustave Doré

**Colaboradores de esta edición**

*Dayana Gálvez Adelfa Martín*

*Naida Saavedra Henry G. Aguiar Yoosett*

*David Solera Asis Lizandro Samuel*

*Eric J. Lagarrigue Marino Liso*

**Contacto:** revista@sainde.org

*Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores.*

*Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.*

# Índice de contenido

## Editorial

Nota editorial (*Naida Saavedra*) ..... 1

## Cuentos

Mi velero (*Adelfa Martin*) ..... 3

Cosas de un anfibio (*Naida Saavedra*) ..... 5

La fórmula mágica o el secreto (*Lizandro Samuel*) ..... 8

Corre (*Henry Govani Aguiar Sánchez*) ..... 9

## Poetas

A la villa de los Gatos (*David Solera Asís*) .....10

Amor perfecto (*Dayana Gálvez*) .....11

Sobran palabras (*José Romero Muñoz*) .....12

Déjame (*José Romero Muñoz*) .....12

Amiga (*Marino Liso*) .....13

En Soledad (*Marino Liso*) .....13

## Maestros

Hombres necios que acusáis  
(*Sor Juana Inés de la Cruz*) ..... 14

El rey burgués (*Rubén Darío*) ..... 16

La hora menguada (*Rómulo Gallegos*) ..... 19

El pequeño nazareno (*Julio Garmendia*) ..... 22

## Cine

El Pintor - guión para cortometraje (*Eric J. Lagarrigue*) ..... 23



*El derecho universal a la cultura y al acceso a la información es inalienable y no debemos renunciar a él, por ser un medio imprescindible para el crecimiento moral e intelectual de la sociedad.*

*Sociedad de Autores Independientes*



# Mi Velero



Después de haber discutido por

horas con los socios, dándose cuenta que había sido vilmente estafado, y que el trabajo realizado por los que creyó sus amigos durante más de 20 años fue tan bien hecho que le quedaban pocas posibilidades de pelear legalmente con éxito, decidió regresar a su casa de la cual había salido en la mañana aún con alguna esperanza en el alma.

¡Pero claro!, bien dice el refrán que las malas noticias nunca vienen solas, así que aún le quedaba una sorpresa por vivir: su hogar estaba totalmente vacío,

pero no de personas únicamente, sino además de todos los enseres que habían acumulado, en igual número de años de matrimonio, Felicia y él.

Se sentó en la escalera, una obra de arte mandada a diseñar especialmente por ella y que había costado una verdadera fortuna, ya que la que traía originalmente la vivienda no era de su agrado. -Creo que a mi esposa le gustaba la idea de descender por una escalinata de mármol, con pasamanos de caoba tallados primorosamente, tal cual lo había visto seguramente en una gran producción Hollywoodense-, pensó mientras sonreía.

Tampoco estaban sus hijos de 18 y 19 años respectivamente, pero si había, pegada con cinta adhesiva al susodicho pasamanos, una nota en la que se le indicaba que si lograba “salvar la casa” ella exigiría su 50%, (como si alguien fuera a pelearle tal cosa), agregando además los datos de su abogado, ya que había iniciado trámites de divorcio. Fue a su coche, tomó una hoja en blanco de su portafolio, y redactando una sesión de derechos sobre su parte de la casa en beneficio de los muchachos, la firmó, dejándola junto al papel que acababa de leer.

-Inevitablemente he de preguntarme... ¿Qué habré hecho tan mal?-, reflexionó; seguramente algo, o tal vez sea lo que algunos llaman karma... Bueno, lo cierto es que francamente en ese momento le importaba un bledo hacer un acto de constricción, pues así, de primerita mano, solo recordaba haberse pasado la vida trabajando, siendo fiel a su esposa, y procurando el mejor bien para sus hijos. -Tampoco te hagas la víctima Antonio-, se dijo, -pues algo tuvo que haber sucedido, así que, o aplicamos el dicho de: cría cuervos y te sacarán los ojos, o si hurgamos un poquito, tal vez tengamos que decir: cada quien recibe lo que se merece. Así que mejor dejemos que sean otros los que juzguen.-

Y se acordó de su velero...

Su maravilloso velero al que nadie había podido echar mano, llámense esposa o socios, y de un dinerito que siempre había guardado para imprevistos, en el rincón menos conspicuo de la casa y que ya debería haber engordado un poco... ¡y vaya que sí!; resultó que era mucho más de lo que creía tener ahorrado.



Tomó la ropa que le pareció idónea, su documentación, y sin dudar ni por un segundo dejó el que había sido su hogar, y con ello, esperaba, su pasado. -Viviré en el bote desde ahora, mientras preparo mi salida-

Y allí estaba el hermoso barco, anclado en la marina donde lo había dejado unos días antes. Blanco como la nieve, totalmente equipado con los más modernos y sofisticados equipos, y como le había dicho el sujeto que se lo cedió como pago de un sustancioso adeudo: listo para un largo viaje. Algo le había murmurado en el oído una desconocida y premonitoria vocecita en aquellos instantes, susurrándole que esto no debería mencionarlo... y no lo hizo. Ahora se daba cuenta de cuánta razón decía: escucha a tu corazón. Al menos por esta vez, no le había fallado.

Este era el momento, el mejor, el más idóneo para dejar atrás todo y cumplir su ansiado sueño, máximo sabiendo que familia y asociados se habían cobrado a lo chino, y que le costaría más de lo que había perdido, pelear su recuperación... -¡Disfrútenlo, señores! La universidad de mis hijos ya está garantizada desde hace años por un fideicomiso, y mi esposa se quedará con la casa, pues sé perfectamente que puede recuperarla, además de contar con una profesión de la cual vivir holgadamente.

Había llegado la ocasión propicia; esa que había postergado por tanto tiempo, que ya no se atrevía ni a imaginarla, pues a pesar que desde su juventud era un experto manejando este tipo de embarcaciones, debido a las responsabilidades familiares y a sus negocios, jamás había podido tomarse unos meses libres para realizar el deseo que ya creía haber sepultado: darle la vuelta al mundo... solo.

Cuatro días después y coincidiendo con la mejor época del año para iniciar su aventura, Antonio volvía la mirada para decirle adiós a la hermosa bahía donde hacía pocos instantes había levado anclas, sabiendo que su escondido anhelo, el que había sacrificado en aras de sus seres queridos, hasta el punto de haberse llegado a convencer que no era importante - son solo tonterías-, solía decirse era, en ese preciso momento, una maravillosa realidad que iba a vivir con toda la intensidad que se merecía el profundo y acariciado sueño, prácticamente atesorado en secreto, por años... y años...

Sin haberse despedido de nadie, el hasta ayer padre, esposo y hombre de negocios angustiado y preocupado, reía a carcajadas mientras decía mirando el infinito horizonte que tenía frente a sí... ¡Cómo son las cosas!, definitivamente... ¡No hay mal que por bien no venga!



*Adelfa Martín*

*Guadalajara - México*

*Escritora polifacética*

*que ha incurrido en varios géneros.*

*Escribe novela, cuento y poesía.*



# Cosas de un anfibio


En el carnaval, baile en la calle de noche, baile en la calle de día... qué buena canción. Me

pregunto quién la cantará. Ojalá mi mamá la ponga otra vez para escucharla de nuevo. Debe ser de un cantante viejo porque no la he escuchado en la radio cuando salimos en el carro. En el carnaval, baile en la calle de noche, baile en la calle de día, baile en la calle de noche, baile en la calle de día. ¡Ah, qué bien se siente aquí! Esto de las vacaciones me cae como anillo al dedo. Después de tanto trabajo hace unos meses, descansar me rejuvenece, y no es que yo sea tan viejo. Estoy un poco arrugado pero eso se lo debo a nadar tanto. Es que me encanta el agua. Por algo me dicen el pez. En el carnaval, baile en la calle de noche, baile en la calle de día... Quiero aprender a bailar profesionalmente, yo creo que sería un muy buen bailarín. Sin embargo... estoy como muy flaco, me hace falta un poco de carnita, de repente si me pongo a practicar mucho el baile me caiga por débil, aunque tengo mucha fuerza, mi mamá me lo dice todo el tiempo. De todos modos yo sigo viéndome flaco. Y arrugado. Claro, que prefiero estar arrugado que dejar de nadar. ¡Cómo me gusta la playa! El sonido de las olas y el olor del mar. Eso sí, creo que a diferencia del baile no podría ser nadador profesional, sería mucho estrés para mí. Prefiero más bien nadar para divertirme y disfrutar del agua. Ya hasta creo que puedo respirar bajo el agua, me estoy volviendo anfibio, por eso creo que estoy tan arrugado. El otro día me estaba viendo los dedos de las manos y tienen como unas membranas entre cada uno... anfibio, eso es, debo ser una mutación de la naturaleza. No le he dicho nada a mi mamá todavía, será para que le dé un ataque y vaya corriendo a contarle a mi papá. Además mi piel es como medio transparente... eso no creo que esté nada bien. Claro, mi mamá me dice que soy bello y hermoso, así que no tengo mucho de qué preocuparme. He estado bastante tiempo en este lugar y nadie me ha dicho que soy feo. Será que, pues, así soy. Además de eso creo que me hace falta un poco de pelo. Mi mamá siempre le dice a mi papá que le dan cosquillitas sus bigotes cuando él la besa. Yo no tengo ni un pelo, ni uno, soy lampiño. Bueno, los anfibios son calvos. ¿Adónde se ha visto un anfibio con pelo? Creo que el ser anfibio me va a traer muchas ventajas porque podré respirar tanto dentro como fuera del agua. Cuando le diga a mi mamá se va a caer para atrás. Tengo que saber informárselo con mucho tacto porque yo no he escuchado de nadie más que sea anfibio, o sea, de un humano quiero decir. Mi mamá tiene unas amigas que tienen hijos a quienes les gusta mucho nadar pero no he escuchado que sean anfibios. Yo soy único. El otro día mi papá lo dijo y yo le creo porque mi papá es muy serio y muy estricto. Él está muy orgulloso de tener un hijo varón, dice que soy el orgullo de su apellido y así se pasará a otra generación. Y yo como estuve trabajando tanto hace unos meses no lo he decepcionado. Ahorita en las vacaciones lo estoy pasando superbién, claro que dentro de poco me toca volver al trabajo, ¡uf! Van a ser tres meses de intenso esfuerzo, eso es lo que he escuchado. Tengo que moverme a prisa y buscar el mejor lugar para desarrollarme como persona. Me parece que en estas cosas hay que ser muy profesional, nada de estar molestando a los papás, sobre todo a la mamá que tanto lo cuida a uno. Mi mamá me dice que debo ingerir proteínas y mucho calcio y por eso se la pasa alimentándome con carne y mucha leche o yogurt. Yo creo que estoy un poco mayorcito ya para estar consumiendo tanta leche pero para no hacerla sentir mal la dejo. Creo que no se ha dado cuenta de lo arrugado que estoy.

Aaaaajjjj me está entrando sueñito. Creo que me hace falta una sieste...ci...ta...



En los próximos tres meses estaré haciendo mucho ejercicio. Espero poder desarrollar bastante los músculos de los brazos y las piernas también. Hay muchos hombres, he escuchado, que no le prestan atención a las piernas cuando hacen ejercicio porque creen que lo único que importa es el pecho y claro, los brazos. Pero mi papá, que hace pesas todos los días, ha comentado que las piernas son muy importantes, claro, no para tenerlas como las mujeres sino para tenerlas fuertes, como macho, pues. Así que ya estoy planeando mi horario de ejercicios. A mi mamá no le gusta mucho que haga ejercicios de noche porque dice que después no la dejo dormir, por eso voy a intentar hacerlos en la tarde, a eso de las cinco o seis. Antes de la cena. También creo que tengo que hacer algo con mis ojos. No sé por qué desde hace como dos semanas me he vuelto muy sensible a la luz. Creo que necesito lentes. No sé... tendré que hacerme chequear los ojos pero es que cada vez que mi mamá enciende las luces me da un no sé qué, me gusta más cuando están apagadas, uno se siente más tranquilo y puede disfrutar de todos los sonidos alrededor, ¿no? Pero bueno, el chiste es que soy como fotosensible, creo que así se dice. En el carnaval, baile en la calle de noche, baile en la calle de día. ¡Qué buena canción, Dios mío! El oído me parece que es el mejor de los sentidos.



Por eso si me quedo ciego no creo que me importe mucho, todavía voy a tener el sentido del oído que lo tengo muy bien desarrollado. Lo mejor de todo es que como soy anfibio puedo escuchar bajo el agua también. Por ejemplo, cuando estoy nadando y mis papás me hablan escucho todo perfectamente. Yo creo que ellos ya sospechan que soy anfibio porque no me piden que me salga del agua para conversar conmigo, más bien, les encanta que nade mucho. Generalmente para responderles yo me pongo a chapotear, así no tengo que salir del agua y puedo seguir la conversación. Creo que hemos creado un nuevo sistema de comunicación entre nosotros. De repente me puedo meter a científico. No sé si ya estoy muy viejo para eso pero de repente me puedo meter.

Voy a preguntarle a mi papá. A mi mamá le tengo que preguntar cómo ser bailarín profesional profesional porque ella es buenísima bailando. Siempre baila conmigo y la pasamos superchévere. En el carnaval, baile en la calle de noche, baile en la calle de día. Esa la baila buenísimo, tiene mucha gracia al bailar. Yo nada más lo que hago es seguirla aunque a veces me pongo a moverme como loco y a mi mamá le da mucha risa. ¿Qué detalles, no? Yo no sé cómo hay hijos que no quieren a sus padres. El otro día le escuché decir a mi papá que un hijo no quería a su mamá. Yo no entiendo cómo pasan esas cosas. Yo siempre he sido y siempre seré buen hijo, hasta cuando sea muy viejo, muy viejo, muy viejo. Por cierto, ya mañana tengo que empezar a trabajar de nuevo. El doctor dice que estoy en condiciones de hacerlo. También dice que a pesar de que voy a trabajar mucho voy a subir bastante de peso y me voy a ver más gordito. Espero que sí porque con todos los planes que tengo para el futuro necesito tener carnita para poder llevarlos a cabo.

Mi mamá está un poco nerviosa porque dice que ya se acerca la recta final. Todo el mundo le dice que el tercer trimestre es en el que más se va a cansar. No sé por qué, yo sigo por aquí nadando, arrugadito, y listo para empezar a ejercitarme. Por ahí escuché que le van a hacer una fiesta a mi mamá como en un mes porque todo esto es un gran acontecimiento. Yo sigo sin entender. Pero lo que menos entiendo es por qué solamente van a ir mujeres a esa fiesta. No sé por qué no quieren que vayan hombres. Dicen que el único invitado varón soy yo porque ni mi papá puede ir. Bueno, si todas las invitadas son tan buenas como mi mamá seguro que me sentiré a gusto. Por lo pronto me quedo aquí, nadando y bailando. Mañana será un gran día y en el carnaval, baile en la calle de noche, baile en la calle de día.

*Naida Saavedra**Maracaibo - Venezuela - 1979*

*Reside en Tallahassee (FL-USA)  
PhD en Literatura de la F.S.I.  
Universidad Estatal de la Florida  
Docente universitaria,  
investigadora y escritora.  
Ganadora del premio "Victoria  
Urbano de Narrativa" 2010.*



# La fórmula mágica o el secreto



Desesperados emprendieron su búsqueda.

No podía ser, no era posible.

Doña Lucrecia, aparentemente, había tenido una infancia común. Nadie, por más que intentó, pudo comprobar el rumor de que su sangre era de estirpe alienígena.

Pero, ¿entonces cómo?

Colindante a su casa se erguía una pequeña, grande o mediana –según quien la juzgue–, habitación la cual fungía como su taller. Era su fábrica. Las artesanías allí producidas daban la vuelta al mundo enarbolando elogios, sembrando admiración, y, por supuesto, incrementando el saldo en las cuentas bancarias de Doña Lucrecia.

¿Cuál era el secreto de su prosperidad?

La fábrica se llamaba Éxito, misma marca tatuada en la base de cada una de sus artesanías producidas durante veinticinco años de oscilaciones, para ella; y de éxitos rotundos, para sus admiradores y compradores.

Nadie nunca había entrado a la fábrica. Doña Lucrecia rechazaba el mito cernido sobre sus creaciones: le cerraba las puertas a los medios de comunicación, le huía a los elogios, y trabajaba con un esmero digno de quien aún no ha conseguido nada.

¿Cuál era su fórmula mágica?

Un día, Doña Lucrecia declaró a un periódico que no existía tal fórmula, no existía ningún secreto, nada mágico; pero que si se atrevía a dejar pasar la luz pública a su taller, temería la reacción del incomprensible juicio popular.

La tomaron como tonta. O que se hacía la tonta. O que era una egoísta que no quería compartir su secreto o fórmula mágica.

Al año número treinta desde la fundación de Éxito, anticipando su retirada, le dio permiso a un audaz periodista –el mismo quien años atrás secundara y popularizara la teoría sobre su descendencia extraterrestre sumada al uso de antiguos hechizos aprendidos en libros sagrados extraídos de las ruinas de alguna impronunciable civilización indígena que habitó por encima de los cielos (El libro, Las raíces alienígenas y esotéricas de Éxito, significó un bestseller)– para que se abriera pasado en la oscuridad de su taller.

Buscó, buscó, y no consiguió nada.

Cuando casi estuvo a punto de desistir, halló inmensos contenedores llenos de un líquido salado y transparente.

—¿Qué es eso, doña Lucrecia?

—Eso es el componente principal de todas mis artesanías.

—¡Ajá! ¡Al fin! Y cuénteme, doña Lucrecia, ¿se puede saber la composición química de ese compuesto?

—No te enrolles, mijito, eso es sólo sudor de mi frente.



*Lixandro Samuel*

Caracas - Venezuela - 1993

Escritor con predilección por la narrativa.  
Finalista en el premio "Biblioteca FIMBA", 2013



## Corre



*M*i mente ya había trazado la ruta que todos los días a esta hora recorro después de visitar las olas, ¡cómo adoraba el verano!, una sensación de libertad y ligereza, sin que esos gruesos y toscos ropajes de invierno que anulan casi todo el movimiento de mi cuerpo, ropajes que nos hacen a todos torpes para cualquier reflejo. El sol en el horizonte hundiéndose lentamente detrás de las montañas, haciendo que se acelere y acreciente esa sensación de oscuridad, había caminado una calle y a punto estaba de cruzar la segunda, de repente, a toda pastilla salió gritando de esa

bocacalle aquel sujeto, no podía entender lo que decía, el corazón se me aceleró, se aproximaba con paso ligero, una mano a la espalda como si buscara algo y la otra delante con la palma abierta como si intercalara un pare y al mismo tiempo me señalara con su dedo índice.

Pude entender —¿qué haces aquí?, ¿con quién estás?— que repetía una y otra vez, aquel podría haber sido cualquiera, nada que lo distinguiera como un delincuente, eso pensé, hasta que su mano, la que llevaba a la espalda, dejó de estar en un segundo plano y paso a ser la protagonista y causante de que mi reacción esta vez sea de echar a correr sin ningún titubeo, solo unos pocos metros de distancia nos separaban, por lo que no había lugar a equivocaciones, sé perfectamente cómo reluce el metal con el movimiento, fue tal la impresión que me dio, que hasta pude ver la serpiente ondulada que se dibuja en la hoja muy próxima al borde haciéndome saber que aquel escalpelo gigante gozaba de un deslumbrante filo.

No importaba que dirección coger, solo correr, mientras ese metal no se hunda en mi carne casi toda desnuda, yo estaría bien. Los dos despegamos al unísono, por el polvo que se levantó, como si una turbina empezara a funcionar, no pensé en nada, tampoco vi mi vida pasar delante de mis ojos, tal vez ese era un buen presagio, que mi hora todavía no había llegado. Corrí tan rápido que cuando eché la vista atrás, el pobre infeliz estaba con sus manos apoyadas sobre sus rodillas y jadeando como león vencido intentando recuperar el aliento, seguido a esto lentamente pero a ritmo fijo, mi persecutor se escabulló por la misma bocacalle que no da a ninguna parte, mi vida entera pudo haber cambiado de no ser porque mi mente dirigió cual marioneta al resto de mi cuerpo, ahora recobro el aliento, excitado y confuso, mirando al vacío, mirando el camino.



*Henry Govani Aguiar*

*Pretoria - Ecuador - 1975*

*Reside en Guixols, Catalunya*

*Escritor de cuentos y novelas.*

*También es artista plástico,  
dedicado particularmente a  
la pintura.*



# A la Villa de los Gatos

No sé si la tristeza de tu aire,  
las nubes o ese olor tan nauseabundo,  
urdieron las costuras de mi mundo,  
para acabar haciéndome un don nadie.

No sé si por tu luz, tan apagada,  
o ese clamor de alarmas en la noche,  
pero aunque todo te suene a reproches,  
dejaste mi alma en vilo enamorada.

Será por tus nobles puertas de entrada,  
esas que no dejan ver tu salida,  
las mismas que hacen que, si te descuidas,  
se quede en ti la mente aprisionada.

Quizá ese apuesto auriga de tu cielo,  
o ese barrio de letras que me pierde,  
son culpables que mi juicio pervierten  
cuando en mi risa luce el desconsuelo.

Los gatos me refrescan el exilio  
del deambular negro en tus callejones,  
llevándome a escribir torpes canciones  
que expliquen sutilmente nuestro idilio.

A ese puerto de mar de puro asfalto,  
a ese bosque de árbol de hoja caduca,  
de fruta prohibida que no madura;  
sólo a él va dedicado este canto.

A esa ciudad cruel de puro veneno,  
a la que sin embargo siempre extraño,  
por más que pase, y pasen los años,  
Madrid nunca sabrá cuánto la quiero.

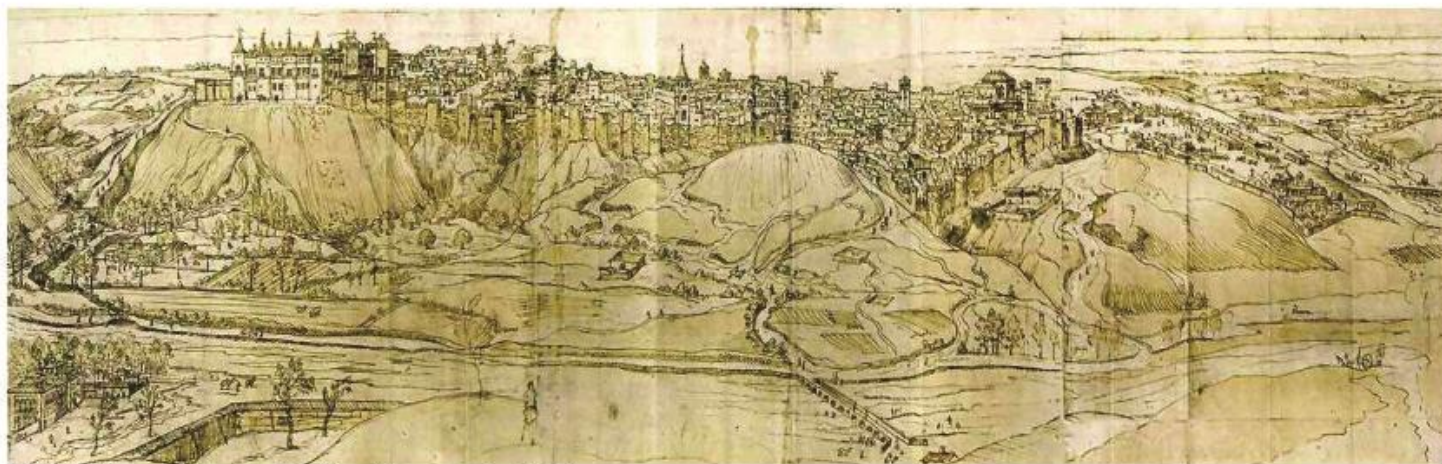


*David Solera Astís*

*Madrid - España - 1984*

*Licenciado en Ciencias Sociales  
con Certificado de Aptitud Pedagógica.*

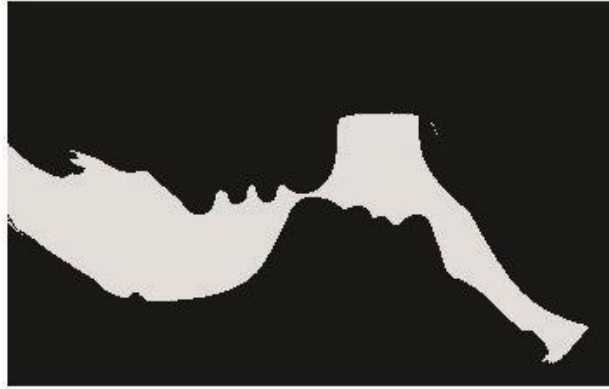
*Actor de teatro y escritor, con  
preferencia por la poesía y el relato*



*MADRID por Antonio Van Der Wyngaerde, 1562*



# Amor perfecto



Tu sonrisa sonaba a reggae,

Tu mirada olía a algo así como a madrugadas bohemias,  
 Tus palabras se veían transparentes entre el humo de alguna vaina rara,  
 Tu piel tenía sabor al pasado, al presente y al futuro, conjugados en el mismo  
 instante al pasar mi lengua,  
 y en tu boca podía mirar mi propio espíritu a través de un beso.  
 Si no sabes a reggae en un mundo bohemio sin tiempo ni espacio, y mi  
 espíritu no se refleja en tus palabras, ni a través de tus besos, por favor  
 miénteme sin estar presente, porque de otra forma, las madrugadas serán  
 para siempre.

DEGO



*Dayana Gálvez*

Quito - Ecuador - 1992

Escritora con predilección  
 por la poesía y relatos cortos.

Gusta de experimentar con guiones.  
 Influenciada por la literatura gótica y  
 el dramatismo.



## Déjame

Déjame que te gaste a besos  
 que mis labios sientan tu piel  
 y la mirada sueñe con tenerte.  
 Déjame que recorra tu cuerpo  
 deslizando mi cuerpo por tu piel  
 y que mis manos palpen  
 el latido de tu persona  
 mientras susurramos palabras  
 bajo el manto de estrellas.  
 Déjame que mis abrazos se agoten  
 y mi ser te ame cada mañana.  
 Déjame que mi corazón se agarre al tuyo  
 y la pasión se funda con los sentidos.  
 Déjame entrar en tus sueños  
 y cabalguemos entre nubes blancas,  
 formemos un nuevo firmamento  
 en el que mis días terminen amándote



## Sobran las palabras

### Silencio

una noche de estrellas  
 silencio  
 miradas ansiosas  
 silencio  
 manos acariciando  
 silencio  
 labios que se unen  
 silencio  
 piel que se excita  
 silencio  
 brazos que aprietan  
 silencio  
 suspiros y deseos  
 silencio  
 amor y pasión  
 sobran las palabras.



*José Romero Muñoz*

*Huelva - España - 1959  
 Profesor de teatro y poeta,  
 miembro de la Asociación  
 Literaria Torrent de Paraules*



# En soledad

En silencio, llegué a ver  
 la miseria que domina nuestros cuerpos,  
 el orgullo que destroza nuestras mentes.  
 En silencio, en soledad,  
 nada más que mi memoria y mi recuerdo,  
 supe que la alegría es ignorancia,  
 la violencia, impotencia,  
 que las sonrisas hipócritas,  
 desnudas del amor y confianza,  
 me encierran en mi mundo,  
 lo único que conozco.  
 Y fue así, callando,  
 pasando inadvertido entre la gente,  
 que oí los gritos que solo me acusaban,  
 que me echaban en cara este silencio,  
 lo único que comprendo,



*Marino Liso Soro*

*Zaragoza - España - 1958*  
*Poeta Vocacional.*  
*Residente en Barcelona*  
*España.*

# Amiga

Una tarde de invierno...  
 tú dudaste al pasar.  
 Tantear y entender un infierno  
 y parar.  
 Entre mi indiferencia  
 tú me supiste amar.  
 Tú supiste callar,  
 con ese orgullo tierno  
 que, en tu más honda esencia,  
 lograste conservar.  
 Y, luego, sin esfuerzo,  
 tu amistad.



# Hombres necios que acusáis

Hombres necios que acusáis  
a la mujer sin razón,  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis.

Si con ansia sin igual  
solicitáis su desdén,  
¿por qué queréis que obren bien  
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia  
y luego con gravedad  
decís que fue liviandad  
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo  
de vuestro parecer loco  
al niño que pone el coco  
y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia  
hallar a la que buscáis,  
para pretendida, Tais,  
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro  
que el que, falto de consejo,  
él mismo empaña el espejo  
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén  
tenéis condición igual,  
quejándoos, si os tratan mal,  
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,  
pues la que más se recata,  
si no os admite, es ingrata,  
y si os admite, es liviana.



Ilustración Miguel Cabrera (1695-1768)

Siempre tan necios andáis  
que con desigual nivel  
a una culpáis por cruel  
y a otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada  
la que vuestro amor pretende,  
si la que es ingrata ofende  
y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena  
que vuestro gusto refiere,  
bien haya la que no os quiere  
y queja enhorabuena.

Dan vuestras amantes penas  
a sus libertades alas  
y después de hacerlas malas  
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido  
en una pasión errada:  
la que cae de rogada  
o el que ruega de caído?

¿O cuál es más de culpar,  
aunque cualquiera mal haga:  
la que peca por la paga  
o el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantáis  
de la culpa que tenéis?  
Queredlas cual las hacéis  
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar  
y después con más razón  
acusaréis la afición  
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo  
que lidia vuestra arrogancia,  
pues en promesa e instancia  
juntáis diablo, carne y mundo.



### *Sor Juana Inés de la Cruz*

*Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana, más conocida como Sor Juana Inés de la Cruz, ( 1651- 1695).*

*Religiosa y escritora novohispana, exponente del Siglo de Oro de la literatura en español. Cultivó la lírica, el auto sacramental y el teatro, así como la prosa.*

*Por la importancia de su obra, recibió los sobrenombres de «el Fénix de América», «la Décima Musa» o «la Décima Musa mexicana».*



# El rey burgués Cuento alegre

*¡Amigo!* El cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Un cuento alegre... así como para distraer las brumosas y grises melancolías, helo aquí:

Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso, que tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras, caballos de largas crines, armas flamantísimas, galgos rápidos, y monteros con cuernos de bronce que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rey poeta? No, amigo mío: era el Rey Burgués.

Era muy aficionado a las artes el soberano, y favorecía con gran largueza a sus músicos, a sus hacedores de ditirambos, pintores, escultores, boticarios, barberos y maestros de esgrima.

Cuando iba a la floresta, junto al corzo o jabalí herido y sangriento, hacía improvisar a sus profesores de retórica, canciones alusivas; los criados llenaban las copas del vino de oro que hierve, y las mujeres batían palmas con movimientos rítmicos y gallardos. Era un rey sol, en su Babilonia llena de músicas, de carcajadas y de ruido de festín. Cuando se hastiaba de la ciudad bullente, iba de caza atronando el bosque con sus tropeles; y hacía salir de sus nidos a las aves asustadas, y el vocerío repercutía en lo más escondido de las cavernas. Los perros de patas elásticas iban rompiendo la maleza en la carrera, y los cazadores inclinados sobre el pescuezo de los caballos, hacían ondear los mantos purpúreos y llevaban las caras encendidas y las cabelleras al viento.

El rey tenía un palacio soberbio donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos. Llegaba a él por entre grupos de lilas y extensos estanques, siendo saludado por los cisnes de cuellos blancos, antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmeraldina, que tenía a los lados leones de mármol como los de los tronos salomónicos. Refinamiento. A más de los cisnes, tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía, del arrullo, del trino; y cerca de ella iba a ensanchar su espíritu, leyendo novelas de M. Ohnet, o bellos libros sobre cuestiones gramaticales, o críticas hermosillescas. Eso sí: defensor acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo lamido en artes; ¡alma sublime amante de la lija y de la ortografía!

¡Japonerías! ¡Chinerías! Por moda y nada más. Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y de los millones de un Crespo: quimeras de bronce con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto a las paredes; peces y gallos de colores; máscaras de gestos infernales y con ojos como si fuesen vivos; artesanas de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla, como tejidas con hilos de araña, sembradas de garzas rojas y de verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay guerreros tártaros con una piel que les cubre hasta los riñones, y que llevan arcos estirados y manojos de flechas.

Por lo demás, había el salón griego, lleno de mármoles: diosas, musas, ninfas y sátiros; el salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin; dos, tres, cuatro, ¿cuántos salones?

Y Mecenas se paseaba por todos, con la cara inundada de cierta majestad, el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rey de naipe.

Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de baile.

-¿Qué es eso? -preguntó.

-Señor, es un poeta.

El rey tenía cisnes en el estanque, canarios, gorriones, censotes en la pajarera: un poeta era algo nuevo y extraño.

-Dejadle aquí.

Y el poeta:

-Señor, no he comido.

Y el rey:

-Habla y comerás.

Comenzó:

-Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del porvenir. He tendido mis alas al huracán; he nacido en el tiempo de la aurora; busco la raza escogida que debe esperar con el himno en la boca y la lira en la mano, la salida del gran sol. He abandonado la inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfumes, la musa de carne que llena el alma de pequeñez y el rostro de polvos de arroz. He roto el arpa adulona de las cuerdas débiles, contra las copas de Bohemia y las jarras donde espumea el vino que embriaga sin dar fortaleza; he arrojado el manto que me hacía parecer histrión, o mujer, y he vestido de modo salvaje y espléndido: mi harapo es de púrpura. He ido a la selva, donde he quedado vigoroso y ahito de leche fecunda y licor de nueva vida; y en la ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra tempestad, como un ángel soberbio, o como un semidiós olímpico, he ensayado el yambo dando al olvido el madrigal.

He acariciado a la gran naturaleza, y he buscado al calor del ideal, el verso que está en el astro en el fondo del cielo, y el que está en la perla en lo profundo del océano. ¡He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías todo luz, todo agitación y potencia, y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor.

¡Señor, el arte no está en los fríos envoltorios de mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor Ohnet! ¡Señor! El arte no viste pantalones, ni habla en burgués, ni pone los puntos en todas las íes. Él es agosto, tiene mantos de oro o de llamas, o anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento, y da golpes de ala como las águilas, o zarpazos como los leones. Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid el Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro de marfil.

¡Oh, la Poesía!

¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de la mujeres, y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración. Señor, ¡y vos lo autorizáis todo esto!... El ideal, el ideal...



El rey interrumpió:

-Ya habéis oído. ¿Qué hacer?

Y un filósofo al uso:

-Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando os paseéis.

-Sí, -dijo el rey,- y dirigiéndose al poeta:

-Daréis vueltas a un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valsos, cuadrillas y galopas, como no preferiréis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas, ni de ideales. Id.

Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes, al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio: tiririrín, tiririrín... ¡avergonzado a las miradas del gran sol! ¿Pasaba el rey por las cercanías? ¡Tiririrín, tiririrín...! ¿Había que llenar el estómago? ¡Tiririrín! Todo entre las burlas de los pájaros libres, que llegaban a beber rocío en las lilas floridas; entre el zumbido de las abejas, que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas, ¡tiririrín...! ¡lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!

Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas, no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio, tiririrín.

Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él, el rey y sus vasallos; a los pájaros se les abrigó, y a él se le dejó al aire glacial que le mordía las carnes y le azotaba el rostro, ¡tiririrín!

Y una noche en que caía de lo alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las arañas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de retórica, cuajados de dáctilos, de anapestos y de pirriquios, mientras en las copas cristalinas hervía el champaña con su burbujeo luminoso y fugaz. ¡Noche de invierno, noche de fiesta! Y el infeliz cubierto de nieve, cerca del estanque, daba vueltas al manubrio para calentarse ¡tiririrín, tiririrín! tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría, haciendo resonar entre los árboles sin hojas la música loca de las galopas y cuadrillas; y se quedó muerto, tiririrín... pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal, tiririrín..., y en que el arte no vestiría pantalones sino manto de llamas, o de oro... Hasta que al día siguiente, lo hallaron el rey y sus cortesanos, al pobre diablo de poeta, como gorrión que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio.

¡Oh, mi amigo! el cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías...

Pero ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos a tiempo! ¡Hasta la vista!

*Rubén Darío*

# La hora menguada

## I

-¡Qué horror! ¡Qué horror!

Clamaba Enriqueta, con las manos sobre las sienes consumidas por el sufrimiento, paseándose de un extremo a otro de la sala, impregnada todavía del dulce y pastoso aroma de nardos y azucenas del mortuorio reciente.

-Ya me lo decía el corazón. No era natural que tú te desesperaras tanto por la muerte de Adolfo. Si parecía que eras tú la viuda y no yo. ¡Y yo tan ciega, tan cándida! ¿Cómo es posible que no me hubiera dado cuenta de lo que estaba pasando? ¡Traicionada por mi propia hermana, en mi propia casa!...

Amelia la oía sin protestar. Tenía el aire estúpido de un alelamiento doloroso; sus ojos, que un leve estrabismo bañaba de languidez y dulzura, encarnizados por el llanto y por el insomnio, seguían el ir y venir de la hermana con esa distraída persistencia del idiotismo. Parecía abrumada por el horror de su culpa; pero no reflexionaba sobre ella; ni siquiera pensaba en el infortunio que había caído para siempre sobre su vida.

Atormentada por los celos, trémula de indignación y de despecho, Enriqueta escarbaba con implacable saña en aquella herida que era dolor de ambas, arrancándole las más crueles confesiones a la hermana, quien las iba haciendo dócilmente con la sencillez de un niño, llegando a un inquietante extremo de exageración cuando Amelia le confesó que era madre.

¡Ella, que tanto lo deseara, no había podido serlo durante su matrimonio! ¿No era el colmo de la crueldad del destino para con ella, que tuviese que amargar más aún, con el despecho de su esterilidad su dolor y su ira de esposa ofendida, de hermana traicionada? ¡Esto sólo le faltaba: tener de qué avergonzarse!

Al cabo la violencia misma de sus sentimientos la rindió. Lloró largo rato, desesperadamente; luego más dueña de sí misma y aquietada por el saludable estrago de su tormenta interior, le dijo a la hermana con una súbita resolución:

-Bien. Hay que tratar ahora de ver si se salva algo: siquiera el concepto de los demás. Nos iremos de aquí, donde todo el mundo nos conoce y nos sacarían a la cara esta vergüenza. Nos instalaremos en el campo hasta que tu hijo haya nacido. Y será mío. Yo mentiré y me prestaré a la comedia para salvarte a ti de la deshonra... y...

Pero no se atrevió a expresar su verdadero sentimiento, agregando: y para librarme yo de las burlas de la gente. Porque en aquel raptó de heroica abnegación no podía faltar, para que fuese humana, el flaco impulso de una pequeña pasión.

Amelia la oyó con sorpresa y se le llenaron de lágrimas los ojos que parecían haber olvidado el llanto: su instinto maternal midió un instante la enormidad del sacrificio que se le exigía. Respondió resignada:

-Bueno, Enriqueta. Como tú digas. Será tuyo.



## II

Confundiéndolas en un mismo amor creció Gustavo Adolfo al lado de aquellas dos mujeres que se veían y se deseaban para colmarlo de ternuras.

Era un pugilato de dos almas atormentadas por el secreto, para adueñarse plenamente de la del niño que era de ambas y a ninguna pertenecía.

-¡Mi hijo! ¡Mi hijito!...

Decía Enriqueta, comiéndoselo a besos, con el corazón torturado por el anhelo maternal que se desesperaba ante la evidencia de su mentira.

-¡Muchacho! ¡Muchachito!

Exclamaba Amelia, sufriendo la pena de Tántalo por no poder satisfacer su orgullo materno ostentando la verdad de su amor.

Y a medida que el niño crecía aumentaba el conflicto sentimental que cada una llevaba dentro del alma. Celábanse y espiábanse mutuamente: Enriqueta siempre temerosa de que Amelia descubriese algún día la verdad al niño; Amelia de continuo en acecho de las extremosas ternuras de la hermana para superarlas con las suyas.

Por momentos esta perenne tensión de sus ánimos se resolvía en crisis de odio recíproco. Acontecíales muy a menudo pasar días enteros sin dirigirse palabra, cada cual encerrada en su habitación, para no tener que sufrir la presencia de la otra, y cuando se sentaban en la mesa o, por las noches, se reunían en la sala en torno al niño que charlaba copiosamente hasta caer rendido de sueño sobre el sofá, una y otra lanzábanse feroces reojos a hurtadillas de la criatura que hacía las veces de intérprete entre ambas. A veces un simultáneo impulso de ternura reunía sobre la infantil cabecita las manos de ellas que se encontraban y tropezaban en una misma caricia; bruscamente las retiraban a tiempo que sus bocas contraídas por duros gestos de encono, dejaban escapar gruñidos que unas veces provocaban la hilaridad y otras la extrañeza del niño.

Pero la misma fuerza de la abnegación con que sobrellevaban la enojosa situación no tardaba en derramar su benéfico influjo sobre aquellos espíritus exasperados por el amor y roídos por el secreto. Bastaba que un donaire del niño sacase a las bocas endurecidas por la pasión rencorosa, la ternura de una sonrisa; mirábanse entonces largamente, hasta que se les humedecían los ojos, y reconociéndose mutuamente buenas y sintiéndose confortadas por el sacrificio, olvidaban sus mutuos recelos, para decirse:

-¡Lo qué debes sufrir tú!

-Tú eres quien más sufre... y por mi culpa.

Eran momentos de honda vida interior que a veces no llegaba a sus conciencias bajo la forma de un pensamiento; pero que estaba allí, como el agua de los fondos, dándoles la momentánea intuición de algo inefable que atravesara sus existencias revelando cuanto de divino duerme en la entraña de la grosera substancia humana; instantes de una intensa felicidad sin nombre que les levantaba las almas en una suspensión de arrobamientos. Eran sus horas de santidad.

Y eran entonces los ojos del niño los que parecía que acertasen a ver mejor estos relámpagos del ángel en las miradas de ellas, porque siempre que aquello aconteció, Gustavo Adolfo se quedó súbitamente serio, viéndolas a las caras transfiguradas, con un aire inexpresable.



## III

Así transcurrió el tiempo y Gustavo Adolfo llegó a hombre.

Mansa y calmosa, su vida discurría al arrimo de las extremadas ternuras de aquellas dos mujeres que eran para él una sola madre y en cuyas almas el fuego del sacrificio parecía haber consumido totalmente las escorias del recelo egoísta y del amor codicioso. Pero un día -él nunca pudo decir cuando ni por qué-, una brusca eclosión de subconciencia le llenó el espíritu de un sentimiento inusitado y extraño: era como una expectativa de algo que hubiese pasado ya por su vida y que, de un momento a otro hubiera de volver.

De allí en adelante acontecióle sentir esto muy a menudo, sobre todo cuando viniendo de la calle, ponía el pie en su casa. En veces fue tan lúcida esta visión inmaterial que llegó a adquirir la convicción de que toda su vida estaba sostenida sobre un misterio familiar, que él no podía precisar cuál fuese, a pesar de que, en aquellos momentos, estaba seguro de haber tenido en él inequívocas revelaciones, allá en su niñez. Sobrecogido de este sentimiento, que no se ocupaba de analizar, cada vez que entraba en su casa deteníase en el zaguán, con el oído contra la puerta, espionando el silencio interior, convencido de que algún día terminaría por oír la palabra que descorriese el velo de su inquietante misterio.

Y la escuchó por fin.

A tiempo que él entraba en el zaguán oyó la voz airada de Henriqueta diciéndole a Amelia:

-Y si no hubiera sido por mí, ¿qué sería de ti? Ni tu hijo te querría, porque Gustavo Adolfo no te hubiera perdonado el que lo hayas hecho hijo de una culpa. Me traicionaste, me quitaste el amor de mi marido...

-Pero te di mi hijo... ¿qué más quieres? Te he dado lo que tú no supiste tener. Me debes la mayor alegría de una mujer: oír que la llamen madre. Y te la he dado a costa mía...

-¡Traidora!... Mala mujer...

-¡Estéril!...

## IV

Han pasado años y años... Están viejas y solas... Gustavo Adolfo las ha abandonado... Se revolvió del zaguán donde oyó la vergonzosa revelación de su misterio y no volvió más a la casa... Lo esperaron en vano, aderezado el puesto en la mesa, abierto el portón durante las noches... ¡Ni una noticia de él! Tal vez había muerto...

Todavía lo aguardaban. El ruido de un coche que se detuviera cerca de la casa les hacía saltar los corazones... esperaban conteniendo el aliento, aguzados los oídos hacia el silencio del zaguán... y pasaban largos ratos bajo las puertas de sus dormitorios que daban al patio en una espera anhelosa... luego se metían de nuevo a sus habitaciones a llorar...

¡La vida rota! Destrozada en un momento de violencia por un motivo baladí: años de sacrificio, dos existencias de heroica abnegación frustradas de pronto porque a una se le cayó una copa de las manos y la otra profirió una palabra dura. Así comenzó aquella disputa vulgar y estúpida en la cual se fueron enardeciendo hasta concluir sacándose a las caras las mutuas vergüenzas; y así terminó para ellas, de una vez por todas, la felicidad que disfrutaban en torno al hijo común, y la santa complacencia de sí mismas, que experimentaban cuando medían el sacrificio que cada una había hecho y se encontraban buenas.

Ahora las atormentaba la soledad... el silencio de días enteros, martirizándose con el inútil pensamiento:

-¿Por qué se me ocurrió decir aquello?

-¡Dios mío! ¿Por qué no me quitaste el habla?

-¡Y todo por una copa rota! ¡Quién pudiera recoger las palabras que no debió pronunciar!

-¡La hora menguada!...



Rómulo Gallegos

Caracas, Venezuela. 1884-1969



# El pequeño nazareno



El miércoles santo, el pequeño Nazareno de

túnica morada y grueso cordón blanco, a nudos, bien ceñido alrededor de la cintura, sube –o debería subir– entre papá y mamá, por la calle que conduce a la iglesia del Nazareno. Pero no está dando pruebas, en absoluto, de aquella nazarena paciencia y resignación correspondientes al personaje y a la indumentaria que le han sido asignados. Todo lo contrario, demuestra un

verdadero humor de perros –un humor como pocas veces se habrá visto en un Nazareno en Miércoles Santo–; rezonga y lloriquea, y en vez de seguir a papá y mamá dócilmente, se hace halar, y otras veces empujar, por uno de ellos dos. Intentan ambos convencerlo, le ruegan, lo halagan, le prometen recompensas para luego, para un poco más tarde, cuando ya la visita al templo haya sido hecha, la devoción cumplida, y la promesa, pagada, de acuerdo con los términos del devoto convenio celebrado entre ellos y el Nazareno de los milagros.

El pequeño Nazareno, no cabe duda, es duro y terco; ningún ofrecimiento hace mella en su actitud –que es de franco sabotaje–; nada ni nadie lo obliga a ir más ligero ni a dejar una cara menos agria. Cuando un helado de guanábana le es gentilmente ofrecido (esto último en patente contradicción con todas las tradiciones respecto al trato a acordarse a nazarenos, las cuales no incluyen en absoluto helados de guanábana, sino hiel en hisopos en perspectiva únicamente), cuando el helado, pues, le fue ofrecido, el pequeño Nazareno lo arrojó al suelo, sin ceremonia ni compasión. Peor aún, sin apetito. Es entonces, en ese instante crucial, cuando papá le da la bofetada en la mejilla –volviendo, ahora, de repente, a la observancia de las viejas prácticas que repiten la manera de proceder con nazarenos y redentores. En atención a lo sucedido, a la corrección, hubiera podido creerse que el pequeño Nazareno se hubiera finalmente resignado a representar bien su papel y a convertirse en viva imagen del gran Nazareno a cuya iglesia era llevado por papá y mamá. ¡Pero nada de eso! Se puso furioso –aún más que antes–; se desencadenó, materialmente, chillando y pataleando, y haciéndose llevar a rastras de ahí en adelante.

Perdiendo el último resto de su santa calma, y alzándose la túnica en plena calle concurrida, mamá le da unos cuantos cordonazos, “a posteriori”, si puede decirse así, con el mismísimo cordón de color blanco y de gruesos nudos que le estrecha la cintura, la delgada cintura, al pequeño diablo indócil.

El pequeño Nazareno, pues, para este instante –para esa “estación”, diremos mística, de su ruta–, ha sido ya debidamente halado, empujado, golpeado, abofeteado y azotado. Está, además, bañado en lágrimas, y su larga túnica violeta de vistosos pliegues aparecía toda ella, también maculada por salpicaduras, no de sangre, pero sí de guanábana –provenientes del helado que fue lanzado por él mismo contra el cemento de la acera, contribuyendo así a su propio castigo y sufrimiento. Sin nadie proponérselo, se daba entero cumplimiento a todo, o a casi todo, el ritual correspondiente a nazarenos, grandes o pequeños, forzosos o espontáneos, antiguos o modernos. El pequeño Nazareno seguía gritando. Una nutrida concurrencia presenciaba el espectáculo. Si no fuera por la decadencia de la fe en los días que corren –de la fe en Dios y de la fe en el Diablo–, es casi seguro que lo hubieran acusado, allí mismo, de endemoniamiento agudo. Lo hubieran exorcizado, o hasta lo hubiesen quemado, ¡quien sabe! Todos los otros nazarenos que había por la calle lo contemplaban con ojos de asombro.

*Julio Garmendia*

*El Tocuyo, Venezuela. 1989-1977*

*El Pintor**Cortometraje*

## 1. EXTERIOR. DÍA. PUERTA DEL MUSEO

El PINTOR(55), vestido con una chaqueta de cuero, pantalón de lino y botas marrones, camina hacia la entrada de un museo de fachada marmolada y arquitectura romántica, se detiene antes de entrar, observa las inmensas puertas de madera pintadas en blanco, ambas cerradas, saca un reloj mecánico del bolsillo interno de su chaqueta, observa la hora y lo guarda. Dos SERENOS abren las puertas del museo. El PINTOR ingresa a paso redoblado.

## 2. INTERIOR. DÍA. MUSEO

El PINTOR observa a lo lejos una pintura que le llama la atención, cruza la extensa sala de recepción, minimalista, de paredes blancas y suelo de mármol. Al llegar a la pintura, el PINTOR cruza los brazos por detrás de su espalda al detenerse, la observa fríamente, levanta una ceja sin demostrar más expresiones. De repente encuentra algo extraño mientras observa, comienza a mover sus manos por encima de la pintura de forma delicada, removiendo y agregando elementos y colores con su mano como si lo estuviese imaginando. Los extraños movimientos atraen la atención de un CONSERJE(19), quien se le acerca cautelosamente.

CONSERJE  
(tímidamente)  
Disculpe... señor, ¿está usted bien?

El PINTOR no responde, pero se ve distraído de su abstracción, al intentar retomarla el CONSERJE le interrumpe nuevamente.

CONSERJE  
¿Le puedo ayudar en algo?

El PINTOR camina hacia una escultura a la par, sintiéndose perturbado por la presencia del CONSERJE. El PINTOR acerca sus manos a la obra y las mueve torpemente, cambiando sus gestos faciales, ahora más expresivos pero aún toscos.

(CONTINUED)



El conserje se le acerca nuevamente, aún más intrigado que antes.

CONSERJE

¿Qué es lo que hace?

PINTOR

(ansioso)

¿No lo ves? estoy intentando resolver este asunto.

El PINTOR señala a su cabeza con la mano mientras aún mira la escultura. Ahora sus movimientos son menos agresivos. El CONSERJE responde sin entender a lo que se refería el PINTOR.

CONSERJE

(confundido)

¿No debería resolverlo el que hizo la obra?

PINTOR

(entusiasmado)

¡Tienes razón! Él tiene la verdad de la obra.

CONSERJE

¿Cuál verdad?

PINTOR

No, no no no no no, no hay una verdad ¡Hay muchas!

CONSERJE

¿Es usted uno de esos críticos?

El PINTOR camina hacia otra pintura mientras el CONSERJE le observa desde su posición. El PINTOR observa intrigado la obra, se le acerca más y más hasta asentar su nariz sobre el lienzo.

PINTOR

(frustrado)

¡Óleo! óleo óleo óleo óleo...

(CONTINUED)

El PINTOR se aparta de la pintura hecha en acrílico mientras camina balbuceando hacia un mural. El CONSERJE le acompaña aún más confundido.

CONSERJE

¿Es usted un pintor?

PINTOR

Soy artista, los artistas no pintamos, creamos.

CONSERJE

¿Y quién puede ver esa diferencia?

El PINTOR observa maravillado la espléndida obra de arte sin mirar al CONSERJE, palpándola a varios metros de distancia con sus manos, efectuando movimientos suaves y aleatorios con todo su cuerpo, inclusive algunos violentos con sus piernas, cambiándolas de posición alejándose aún más o acercándose demasiado. El CONSERJE lo observa mientras apoya su mentón sobre sus manos que reposan en el palo de una escoba.

CONSERJE

¿Qué le ve de interesante?

PINTOR

¡Todo! las curvas, los colores, la fuerza, la intención, todo...

CONSERJE

Pero si es solo un montón de manchas.

PINTOR

(pensativo)  
Manchas... es su verdad.

CONSERJE

Yo podría hacerlo en mi casa.

PINTOR

Es su verdad...

(CONTINUED)



CONTINUED

4.

El pintor mira por primera vez a los ojos del CONSERJE,  
levanta una ceja y permanece estático.

PINTOR

Una obra es una mierda sólo si el  
autor la considera como tal.

El PINTOR al retirarse, patea la escoba que hace de apoyo al  
CONSERJE, produciendo que pierda su equilibrio.



*Eric J. Lagarrigue*

*Tucumán Argentina - 1993*  
*Reside en San Miguel de Tucumán*  
*Estudiante de cinematografía y*  
*escritor enfocado en*  
*la narrativa*



*Ilustración: Pieter Brueghel, El pintor y el aficionado, (1565)*